

Diablotexto *Digital*



ANTONIO CABRERA: *CORTEZA DE ABEDUL*
Barcelona: Tusquets Editores, 2016, 109 pp.

FRAN GARCERÁ
(CCHS-CSIC)

“Hasta paralizar la lejanía”

Antonio Cabrera (Medina Sidonia, 1958) ha publicado la última entrega de su poesía, *Corteza de abedul*, a través de la colección Nuevos Textos Sagrados de Tusquets Editores. “Corteza de abedul que fue abedul tan sólo, / mientras yo, siendo yo, acercaba mi mano” (14), rezan los versos finales del poema que inaugura el libro y que además proporciona a este su título. Esa incógnita situada en la dualidad entre lo exterior y lo interior, siempre presente en la obra de Antonio Cabrera, halla en estos versos su correspondencia, aunque con una intención, que ahondará durante todo el libro más inclinada hacia el elemento externo. Esta atención más destacada se desvela al lector en las palabras del escritor francés Théophile Gautier que inauguran el poemario: *Je suis un homme pour qui le monde extérieur existe*.

No obstante, esta atención al exterior no es excluyente ni del mundo interior ni del individuo: “Pon distancia también para estar dentro. / Contéplala, respira.” (16), nos advierte el yo poético en el poema “Palmera solitaria”. Efectivamente, esa distancia pertenece a su voluntad poética para situarse en la inmediatez de las cosas, reflejar su fugacidad inamovible en la conciencia y adquirir un alejamiento emotivo desde el cual poder afrontarlas: “por fin cada ola es otra, / liberada de mí.” (18). Como en sus anteriores libros, la presencia de la



naturaleza es una constante que en ocasiones logra devolver al sujeto poético de su estado contemplativo: “Pero pongo la vista / en un grupo casual de aves marinas / y de inmediato ellas —charranes blancos, [...] / logran hacer añicos / tanta ficción de orden y quietud.” (17-18). Ornólogo de vocación, la contemplación y la alusión a la faceta natural de las aves es una de las características propias de la poesía de Antonio Cabrera e incluso el motivo central de su aclamado libro de *haikus* titulado *Tierra en el cielo* (2001). Sin embargo, la naturaleza se muestra en infinidad de expresiones desde el mismo título. “La piedra” (23) o un canto sostenido sobre la palma de la mano, contribuyen a la constatación, por un lado, del individuo en ese mundo externo y, por otro, de la indiferencia con que las cosas de su alrededor siguen su curso pese a su presencia: “El rumor de los pinos se desleía en torno. / Mi mano no era nada. Yo fui nadie.” (38). Lo vegetal también hace acto de presencia en el espacio poético, siempre en ese diálogo entre lo externo y lo interno que se desarrolla en la conciencia pero que no llega a concretarse. Esa promesa de emoción en la comprensión y de comprensión en la emoción, que vertebra la mirada sobre la que Antonio Cabrera construye toda su obra, se encuentra perfectamente sintetizada en el poema “Mantis observada de cerca” (41-42):

Sujeto con cuidado,
con dos dedos,
un ejemplar pulido
de mantis religiosa.
[...]
Su plegaria a la muerte
no me incumbe. Mi juicio
—de sólo unos segundos—
apenas si la toca.

Breve roce de dos
universos que huyen.

Mi ser inaccesible



deposita en la hierba,
con cuidado,
su ser inaccesible.

Si hay un elemento que preside la mirada del yo sobre todos los demás y vertebra los poemas es la luz: “La luz no se captura. Mirarla nunca sacia. / No se retiene en la memoria / y por eso pasar y volver a pasar / nos es obligatorio” (70). La dimensión de la luz, alejada de toda trascendencia mística, es clave en la constatación de esa interrelación de lo exterior y de lo interior que se produce en la conciencia con el sujeto, como pensamiento y emoción que se conjugan: “*Primero se ve el haz, luego el envés.* / Es el sencillo esquema. En el camino / los pasos no concluyen, hay retorno” (93). En este nuevo poemario, la sombra tiene una presencia más constante que en los anteriores libros: “[...] y busco / una sombra / para que cielo y árboles se adentren / otra vez / en mi sombra” (64). Aunque este elemento queda siempre despojado de toda significación que no sea la estrictamente natural, la contemplación de la tarde puede convertirse en bálsamo contra otros miedos: “no es la Sombra invisible, / no es la palabra *sombra*. / De una y otra oscuridad / está salvándote la tarde” (22). La poesía de Antonio Cabrera se construye en torno a una palabra exacta en diálogo con una mirada precisa.

De esa otra sombra, encontramos de nuevo su presencia hacia el final del libro en “Manchas de sol sobre una tumba”. En este poema la luz natural filtrada entre el follaje de un haya, cae sobre los líquenes y el granito de una tumba, favoreciendo la vida contra otros lugares yertos donde se retira la muerte. Es en estos últimos instantes del poemario, donde puede apreciarse como el yo poético vira su atención puesta en el exterior hacia los territorios más íntimos del mundo interior. En el poema homenaje “Visita a Francisco Brines en Elca” (91-92), aparece por vez primera la presencia del ser humano y la pregunta directa sobre el acto mismo de la poesía:

Es un hecho que un hombre puede hacer que su casa
se levante en su voz además de en un valle.

Hemos venido hasta la casa escrita



y hasta la casa real.

[...]

¿Cómo pasan al poema las cosas que suceden?

¿Qué ocurre

después de la poesía

en el pino, en el huerto o en las rosas?

La casa, tanto la escrita como la real, se configura como un espacio para el hueco donde el sujeto poético logra recogerse del mundo externo. Es en el último poema, “Autorretrato” (107-108): “Entro en mi casa. Cada paso que doy / ya no es en ella avance sino meta, / ya no es aumento sino retracción”, donde esta intención se manifiesta completamente y da al libro, quizás, la promesa última de una nueva dirección para la mirada más centrada en el mundo interno: “Y expulso de mi mente los retazos / de azul cielo que aún permanecían, / borro también el acto que los borra. / Tomo asiento. Se rehacen mis facciones. / Soledad, ahora sí, / ya puedes ser el fondo informe y fiel / de mi retrato”.

Seis años después de la publicación de su anterior poemario, *Piedras al agua*, también presentado en Tusquets Editores, apareció en Editorial Renacimiento la antología *Montaña al sudoeste* (2014), que recogía una muestra de su obra poética y adelantaba algunos de los poemas inéditos que conforman su actual libro. La irrupción de *Corteza de abedul* en el panorama poético actual, supone no solo la continuación de Antonio Cabrera en la elaboración de una cosmovisión propia establecida entre la realidad y el sujeto, sino la extensión de un proceso de apertura y exploración de su mirada perceptiva sobre el mundo. En definitiva, nos situamos ante un poeta que otorga a quien se sumerge en su obra un conocimiento original sobre la realidad y el individuo y una poesía que aprehende a todos aquellos que se asoman a ella, “hasta paralizar la lejanía” (17).